

## EDITORIAL

Una vez más las familias del país, y muy en especial las residentes en el territorio habanero, se han visto involucradas en el desarrollo de la Jornada Nacional de la Familia, en esta ocasión en su edición número XI. Esta etapa es aprovechada para analizar las dificultades que enfrenta la familia cubana y poder emprender todo un mecanismo de trabajo encaminado a vivir la fe con intensidad y a buscar vías que nos hagan mejores como personas y familias para de esta forma mejorar la calidad y la imagen de la sociedad en que vivimos.

Para nadie es desconocido el desarrollo impetuoso de muchos países, al mismo tiempo que la pobreza en muchos otros, reina y campea como quiere. Nuestra patria sufre también a gran escala las consecuencias que se derivan de ello. Aunque no es justificable, sí debemos hacer referencia a la situación que viven muchos países y que en gran parte es la pobreza la que predomina fuertemente. No es sólo deterioro material, sino social, y en especial, moral. Es tanta la desigualdad en todos los órdenes y tanta la pobreza de valores, que cada vez dejan de verse con más frecuencia buenas actitudes, buenas acciones y comportamiento en nuestros hogares y la comunidad en sentido general. Las familias cubanas tienen con una fe muy grande en Cristo Jesús, del mismo modo que la tienen en nuestra Señora la Virgen de la Caridad que nos permite vivir en medio de todo esto, y aunque muchas veces al borde de perder las esperanzas, nuestros deseos de trabajar por el Reino de Dios nos permite sacar fuerzas de donde quedan muy pocas y trabajamos por mejorar la preparación de los miembros de las familias, todos ávidos de la presencia de Dios, quien es indiscutible nuestro único e irrepetible modelo a seguir, es el Padre Nuestro que siempre quiere para nosotros lo mejor.

Todos los años tenemos que insistir en el rescate de valores, valores que no se compran ni alquilan, valores que no salen de la nada, valores que, con mucho sentimiento, vemos que se deterioran, valores que se desarrollan correctamente cuando nos lo proponemos y tienen como centro a Dios presente en cada una de las actividades y nuestra forma de pensar y actuar. No podemos esperar a que nuestros hijos adquieran patrones errados que posteriormente costarían mucho trabajo erradicar. Es la cuna el primer lugar donde padres y demás miembros de la familia que conviven deben jugar su papel de formadores. No podemos esperar mucho, la nueva generación necesita urgentemente de esta orientación de esta ayuda. No podemos olvidar que el amor de Dios siempre nos ha de acompañar en tan difícil, pero maravillosa tarea.

Ahora entramos en el período de vacaciones, y muy seguido a esta etapa, la apertura de las puertas de los centros de estudio para dar inicio a un nuevo curso escolar. Esto, en ningún momento, nos exime a padres y educadores de seguir de cerca el desarrollo de las actividades veraniegas en las que participan nuestros hijos y nietos, ya sean niños, adolescentes o jóvenes. Este tiempo de esparcimiento no debe carecer nunca de la presencia del Señor. No podemos separarnos de Él, sino todo lo contrario, debemos tener momentos de sentarnos a consultarle y pedirle su ayuda, sin olvidarnos que siempre tenemos que darle gracias por ser quienes somos y por ser Él quien es. Hay muchos jóvenes que confunden este tiempo de descanso y recreación sana y necesaria y hacen del mismo algo indeseable y lleno de actitudes que atentan contra su desarrollo espiritual y social. Muchas actitudes en distintos lugares dejan que desear, y en ese momento precisamente que tenemos que tomar partido, sean hijos nuestros o no. Son hijos de Dios y como tales deben tener una postura correcta dondequiera que se encuentren.

El mundo en que vivimos está tan flagelado de actitudes negativas, que hay veces quedamos anonadados cuando leemos artículos sobre niños y jóvenes de otros países, sobre las familias,

artículos en los que se hace énfasis en la ambición por lo material, por lo económico y lo superfluo. Artículos sobre sexo que habilidosamente engañan a adolescentes y jóvenes creándoles un concepto erróneo del mismo. Esto sólo requiere una actitud que sea capaz de enfrentar con firmeza y desmentir lo publicado.

Esta etapa de vacaciones, de descanso tanto estudiantil como laboral, debe ser un período en el cual sigamos teniendo al Señor como centro de todas nuestras actividades y que a la vez nos sirva para seguir aprendiendo todo lo que nos haga mejores como personas (trabajadores y *estudiantes*) como hijos, padres, tíos y abuelos (miembros de una familia), para ser punto de referencia de aquellos que no han sido capaces todavía de abrirles su corazón a Dios y seguirle. Dios nos quiere a todos y todos recibimos su cuidado y bendiciones; sólo tenemos que acercarnos a Él y pedirselo; sólo tenemos que invitarlo a que nos acompañe en este período vacacional y nuestra estancia, donde quiera que estemos, será más placentera.

**¡Felicidades a todas las familias habaneras en este verano 2007!**